

Crimen y violencia en Jamaica. Implicaciones sociopolíticas

Stone, Carl

Carl Stone: Criminólogo y jurista jamaíquino. Director de la Escuela de Administración de la Universidad de las West Indies, Kingston.

Jamaica ha pasado a encabezar los niveles de criminalidad en la región caribeña anglófona. Este artículo describe las actuales tendencias de la criminalidad en Jamaica y, al mismo tiempo, trata de establecer los factores causales básicos. Desecha la idea de la pobreza como causa única del crimen violento en Jamaica y argumenta que las expectativas crecientes e insatisfechas, la urbanización, los antagonismos de clase y la conciencia social de las clases marginales se encuentran en el origen de la ola de violencia criminal en esta isla caribeña. Se propone un compromiso creciente de la comunidad en la lucha contra el crimen, como una solución más efectiva a corto plazo, en vez de avanzar en la militarización de la policía.

Un reciente estudio comparativo de las estadísticas de la criminalidad en la región caribeña, hecho por el criminólogo norteamericano Dr. Klaus de Albuquerque, establece que Jamaica se encuentra actualmente entre los países con los más altos índices de violencia criminal incluyendo el homicidio, la violación, y robos y asaltos con agravantes.

Cuando las estadísticas de la criminalidad fueron estandarizadas de acuerdo al tamaño de la población, la investigación de Albuquerque confirmó que Jamaica se ubica al lado de EEUU, las Bahamas y las Islas Vírgenes norteamericanas como países con altas tasas de crímenes violentos, en comparación con los bajos índices encontrados en pequeños países del Este caribeño como Dominica y Barbados, o en países como Guyana o Trinidad y Tobago.

Las estadísticas oficiales sobre la criminalidad, sin embargo, exponen inadecuadamente la incidencia actual del delito, especialmente en lo que se refiere a robos, ratерías menores y a robos en el campo.

Una encuesta nacional llevada a cabo por el autor en noviembre de 1978, indagaba entre adultos si habían tenido algún tipo de experiencia en delitos como robos, hurtos de animales o de cosechas, o robos con allanamiento de morada durante los once meses correspondientes al período enero-noviembre de 1978. Los resultados apuntan a un alto índice de víctimas de estos delitos, aunque los patrones varían entre las áreas rural y urbana, y entre clase media y sectores de altos ingresos de las áreas urbanas, por un lado, y áreas de bajos ingresos, por otro (ver Cuadro 1).

Cuadro 1
Víctimas de robos,
robos con allanamiento de morada
y robos prediales
(Enero a noviembre de 1978)

Áreas sociales o lugar	% de personas afectadas
Áreas de medianos y altos ingresos	35%
Áreas de clase media baja	32%
Áreas de bajos ingresos	35%
Pueblos grandes	24%
Pueblos pequeños y caminos principales	21%
Áreas rurales alejadas	17%

En las áreas de medianos y altos ingresos, la forma de delito más frecuente es el robo de vehículos, robos con allanamiento de domicilio y violación. En las zonas de menores ingresos el problema delictual se manifiesta, en la mayoría de los casos, en robos de efectos personales, asalto con violencia y asaltos con agravantes, así como robo con allanamiento y violación. En las áreas rurales, el robo predial o el hurto de animales y cosechas son los delitos principales que se observan.

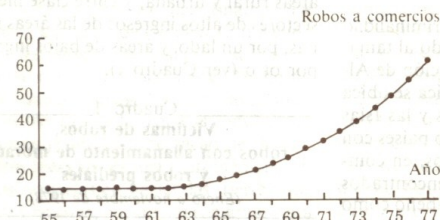
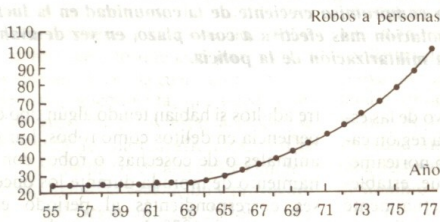
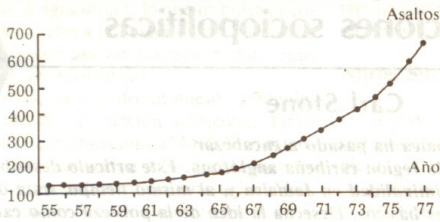
La investigación confirma que en las áreas más urbanizadas el nivel de criminalidad es dos veces más alto que en las zonas rurales más alejadas, y en un nivel intermedio se sitúan los centros urbanos de municipios rurales.

A las formas delictuales más convencionales se suma el tráfico de drogas operando sobre la base de una producción local de marihuana, dirigida al mercado norteamericano y una pequeña red que trabaja en el traslado de la cocaína entre América

del Sur y EEUU. El tráfico de drogas representa un área del crimen altamente organizada y lucrativa, que pasa por un amplio corte transversal de intereses de clase (los ricos, la clase media, el campesino pobre y el jornalero rural).

Gráfico 1

Tasa de Criminalidad por 100.000 habitantes



Este negocio de la droga, multimillonario en dólares, representa una vasta economía subterránea de la cual han surgido grandes fortunas, y amplios sectores de las comunidades rurales, en algunas áreas del país, se han visto favorecidos con sustanciales ingresos provenientes de esa economía.

Una alta tasa de criminalidad puede, potencialmente, ser un factor disuasivo para la inversión, imponiendo pesados costos para el inversionista al incrementar el riesgo de pérdida de vida o de daño a lo que se posee: entre los ejecutivos de empresa o entre los que en ellas trabajan existe una alta incidencia de robos a mano armada. La amenaza a la libertad personal y la sensación de inseguridad ocasionada por el temor a convertirse en víctima de crímenes contra la persona y la propiedad, provoca la emigración de aquéllos que tienen experiencia y capital, agravando así los problemas económicos tal como sucede con la fuga de cerebros o de capitales.

Por otra parte, el negocio de las drogas puede tener tanto efectos positivos como negativos sobre una economía. El aspecto positivo incluye la generación de recursos y su incremento, se crea poder adquisitivo, empleos en el campo, ahorro, inversión y ganancias a través del intercambio con el

exterior. El aspecto negativo presenta efectos desbaratadores en el ámbito de los negocios legítimos y del comercio debido al contrabando de drogas, el aumento en el suministro de armas que lleva a delitos cada vez más violentos y la corrupción de funcionarios del gobierno por parte de los traficantes de droga, quienes buscan trato especial y protección para facilitar su quehacer.

Incremento del crimen convencional

Mi propia investigación sobre el tema y la investigación mucho más detallada del Dr. Bernard Headley, sociólogo de origen jamaicano que trabaja en EEUU, confirma que las tasas de criminalidad de Jamaica se mantuvieron estables durante la mayor parte del período post Segunda Guerra Mundial, hasta el proceso que culmina con la Independencia. La delincuencia empieza a crecer con rapidez inmediatamente después de ésta.

El Gráfico 1 deriva de un cuadro presentado en las investigaciones del Dr. Bernard Headley, donde se muestra cómo la tasa estándar de crímenes referidos a asaltos, robos a las personas, robos a los comercios y homicidios se mantiene relativamente estable durante los años 50, pero da un salto adelante en los primeros años de la década de los 60.

Siguiendo el sostenido aumento de la criminalidad en los 60, la década del 70, a su vez, revela una importante aceleración en la espiral ascendente de la tasa delictual.

¿A qué se debe esta tendencia?

Desde mi punto de vista, los factores fundamentales de este fenómeno poco tienen que ver con la Independencia, aunque sí tienen mucho que ver con ciertos parámetros sociales que conocimos a partir de otra investigación y que se encuentran directamente ligados al incremento de la delincuencia. Son los siguientes:

- El crecimiento urbano.
- El crecimiento de las desigualdades entre ricos y pobres.
- El crecimiento de la migración, que debilita los lazos familiares, desorganiza el hogar y deja a una generación de jóvenes sin paternidad ni disciplina adecuadas.
- El crecimiento del desempleo, (especialmente entre los jóvenes) con niveles de educación secundaria, lo que se convierte en aspiraciones más altas a una vida mejor.
- La declinación del nivel de vida desde los años 70.

- Una ideología que emerge en los años 70 que ve a los pobres y oprimidos como víctimas, estimulando el resentimiento de clase contra los ricos y justificando, de esta manera, los crímenes contra los poderosos, en tanto justa reivindicación frente a la opresión social.
- El crecimiento de la afluencia de armas desde los EEUU, la cual pone poder en las manos de aquellos jóvenes suficientemente intrépidos como para usarlas en la ejecución de un crimen o en actos criminales.

En resumen, el impacto acumulativo de estos factores incrementa la propensión al delito, especialmente entre los hombres jóvenes de la ciudad.

Durante los años 50 y 60, el índice de homicidios se estabiliza en aproximadamente siete incidentes por 100.000 habitantes. En los 80 ha subido a 23, lo que pone a este índice a marcar el doble de lo que sucede en los EEUU, con una reputación bien conocida en lo que a crímenes violentos se refiere. El robo a los comercios se mantiene, de manera similar, en 15 - 16 por 100.000 ciudadanos entre la mitad de los 50 y hacia el final de los 60. Hoy, la tasa se eleva por sobre los 70 por 100.000 habitantes. El robo a las personas refleja una tendencia similar. Se estabiliza en 25 por 100.000 entre 1955 y 1964. Al igual que los otros indicadores, se incrementa rápidamente hacia una tasa que sobrepasa los 100 incidentes por 100.000 habitantes en los años 70.

La lección que necesitamos aprender a partir de todo esto es que algo sucedió en la década de los 60 para haber llegado a ese incremento de las tasas de criminalidad. Esos factores causales continúan actuando en los años 70 y 80. Resulta espurio sugerir que los jamaquinos han llegado a ser violentos a causa de lo sucedido durante el período de esclavitud o durante el siglo pasado. Las fuerzas sociales que hacen subir las tasas de criminalidad son específicas de este período en el cual irrumpe la violencia.

Repensando las causas

Estamos abordando una situación especialmente interesante, en la cual el patrón entero de violencia y seguridad cambió de la noche a la mañana en los años 60 y, por esta razón, nuestras explicaciones deben dirigirse a lo que sucedió en ese período, cuando se produce la transformación hacia las conductas violentas. Es importante tener en mente que hasta los años 60, el nivel de criminalidad en Jamaica era similar al del Este caribeño. La tarea, entonces, consiste en explicar por qué la vio-

lencia criminal se escapa repentinamente en Jamaica de las normas caribeñas de los años 60 y 70.

La violencia en Jamaica tiene bases políticas y está ligada a un conjunto de tendencias políticas que emergen en aquel período. Se desarrolla conjuntamente con el surgimiento de perspectivas radicales, que visualizaron la sociedad - en los 60 - bajo el control de un puñado de blancos y explotadores. Encuentra sus raíces en un período en el cual la militancia racial pasa a formar parte de la conciencia política de esa juventud del ghetto urbano, y el crimen era visto (en sus comienzos) como un acto político, como una acción de protesta contra un orden social injusto. Lo que haya sucedido desde entonces no debe permitirnos olvidar el hecho de que la violencia se encontraba integralmente ligada a una conciencia política totalmente nueva que afloró en ese período, el de los 60.

Pienso que no debemos olvidar que en estas manifestaciones iniciales, la violencia «lumpen» era independiente de los partidos políticos, y en los hechos eran los políticos quienes (reconociendo su fuerza y su poder) procuraron transformarlos en mercenarios, alquilándoles sus destrezas.

Al comienzo, la mayoría de los «lumpen» que predicaban la violencia eran hostiles tanto al PNP como al JLP. Pasando el tiempo, por supuesto, muchas de estas formaciones «lumpen» fueron a engrosar las maquinarias políticas de los dos partidos más importantes. Pienso que perdimos el sentido de lo que estaba sucediendo en la sociedad; sin embargo, si nos concentramos simplemente en la juventud del ghetto urbano, porque en cierto sentido es el producto de un complejo conjunto de estructuras que tienen importancia para comprender si nosotros podemos concebir las razones de esa juventud del ghetto para surgir con esa clase de conciencia, con esa sensibilidad política y esa orientación a la violencia. Pienso que también perdemos el sentido de lo que ha ocurrido si sólo nos concentramos, simplemente, en el criminal con la pistola.

Si examinamos los cuatrocientos y tantos asesinatos cometidos en 1986, veremos que un 40% fueron homicidios domésticos. La violencia no es simplemente esa minoría violenta que roba, asalta y mata. Tiene que ver, también, con el penetrante recurso a los actos violentos para dirimir diferencias y conflictos a todo nivel en la sociedad jamaicana. La conducta violenta como norma se ejerce ahora en el lugar de trabajo, en el hogar y en la calle, a un grado tal que resulta extraño a esta sociedad que había gozado siempre de una relativa paz y no violencia, una sociedad que en los hechos ha devenido violenta. Explicaciones seudohistóricas no nos pue-

den llevar muy lejos en la comprensión de las raíces sociales que tienen estos nuevos patrones de conducta.

No sólo la miseria

La miseria no explica los variados niveles de violencia que existen tanto en el Tercer Mundo como en los países industrializados. La base social de la violencia en aquellos países que tienen un alto nivel de conducta violenta no parece ser un elemento lineal. Los factores de miseria que son la base de las explicaciones más importantes de la violencia, existen en la sociedad jamaicana desde los tiempos de la esclavitud. Entonces, la pregunta que se plantea es ¿por qué la violencia tomó más de un siglo, desde la esclavitud, para alcanzar los extraordinarios niveles que tiene hoy en Jamaica? ¿Por qué no ha ocurrido lo mismo en otros países caribeños? Hay grandes diferencias entre el nivel de violencia de algunos países con niveles de desarrollo económico similar. Para Japón y las naciones de Europa occidental, la tasa de homicidios a principios de los años 80 varía entre un incidente por 100.000 habitantes a alrededor de cuatro por 100.000. Alemania Occidental es el país con el nivel más alto, aunque la mayoría de estos países tienen tasas de homicidio situados entre 2 y 3 por 100.000. Tal como sabemos, la India sufre niveles de extrema pobreza y posee un índice de homicidios similar al de Europa occidental. Los EEUU, por otro lado, tiene una tasa de homicidios de 9 a 10 incidentes por 100.000 habitantes, lo cual representa tres a cuatro veces el nivel europeo; y son Estados ricos e industrializados.

Si tomamos el índice de robos, por 100.000, Japón y Suecia tienen una tasa de 2. Entre los países de Europa occidental es sumamente bajo, aunque algo se ha incrementado entre los años 60 y 80. Las más altas tasas en Europa se sitúan en la franja de 25 a 30 por 100.000; mientras en los EEUU la tasa de robos está por encima de 200 por 100.000. Jamaica no está lejos de EEUU.

Esto me sugeriría que allí hay factores incrustados en la naturaleza de un sistema social que están más allá de ingresos, distribución, niveles de miseria o desarrollo económico, los cuales se relacionan con la propensión a la violencia, al crimen violento y a la conducta violenta. Esto quiere decir que debemos movernos hacia una perspectiva comparativa para tratar de explicar plenamente este fenómeno.

Creo, antes que nada, que los cambios económicos de la posguerra distorsionaron el orden social tradicional de Jamaica hasta un extremo que no fue realmente aequilibrado en ese momento. Originaron una nueva sociedad urbana, con focos de

prosperidad; el principal valor corriente de poder y de status pasó a ser el dinero, en reemplazo de los valores tradicionales. Algunos fueron capaces de subir en esta movilidad social, y de acumular fortuna; pero la gran mayoría se quedó lejos atrás. Y se instaló un profundo sentimiento de que algo andaba muy mal en el sistema social entre aquéllos que se quedaron atrás. Más allá de todo esto, también perdimos el sentido de lo que fue el impacto que produjeron estos cambios, si fallamos y no tomamos en cuenta el hecho de que durante los ciento y tantos años transcurridos desde la emancipación, no mucho había sucedido en la economía o en la sociedad jamaicanas. El azúcar declinó y durante algunos períodos la industria bananera se expandió, pero la naturaleza básica del orden económico y social permaneció inmutable hasta los años de posguerra.

En el período de posguerra, con el desarrollo de la bauxita, del turismo y una muy diversificada economía urbana, la población se percató rápidamente de que algunos cambios estaban teniendo lugar en su entorno inmediato. Resulta fascinante que, en este período, cuando la economía jamaicana experimenta un crecimiento acelerado, se desarrolle una «brecha de expectativas». La gente que deseaba ir hacia adelante en la vida fue incluso más allá de los horizontes de oportunidad que el sistema estaba ofreciendo. Quizás, la manifestación más clara de esto fue - junto al crecimiento y diversificación - la masiva salida de emigrantes que buscaban verdes pasturas en otras partes yendo a Gran Bretaña primero y cuando esta salida se cerró, buscando el camino a Norteamérica.

De esta manera la modernización y los cambios en la sociedad jamaicana generaron la «brecha de expectativas». Y yo creo que el nivel de conducta criminal violenta es una respuesta a ella. Pienso que muchos de esos análisis que se basan en las tesis de frustración/agresión, tratan frecuentemente de ligar este fenómeno a sociedades que pasan por periodos de rápida progresión y de movimientos de avance, seguidos por agudas y repentinas declinaciones de esa prosperidad. En el caso de Jamaica, algo del aumento de la intensidad de la violencia criminal en los años 70 y 80 tiene que ver con la repentina declinación y la caída del ingreso nacional luego de dos décadas de crecimiento espectacular. En los años 40 y 50 la conducta criminal era estigmatizada. El criminal era una persona despreciable. La imagen del criminal cambió en los años 60. Pasó a ser un chico «rudo» o una especie de Robin Hood. Desafiante él mismo, desafiaba el sistema social. El criminal presenta una imagen totalmente nueva y atractiva. Los proveedores de violencia proyectan ahora una nueva imagen de «macho» que los lleva a desempeñar papeles de modelo en el ghetto, demostrando hasta qué punto los valores habían sufrido cambios fundamentales, reforzando la conducta de la violencia.

Modernización y violencia

La perspectiva comparativa sobre la violencia apunta a ciertos vínculos importantes entre modernización y violencia. Los japoneses y los europeos se modernizaron bajo la forma de minimizar la violencia criminal a largo plazo. Unos y otros se manejaron para preservar intactas las estructuras de clase tradicionales y los valores durante la modernización. La composición de las clases cambió, pero la estructura de clase y las jerarquías sociales retuvieron su tradicional legitimidad. En lo que insisto es que donde se encuentra alguna forma de orden social tradicional que no desaparece con la modernización, ese orden social tradicional y los valores que lo rodean, tendrán el efecto de moderar y modular la conducta agresiva, la cual conduce a una situación donde el dinero llega a ser el valor principal para lograr poder social o de status y donde la codicia y la explotación forman parte integral del sistema social en la vía capitalista de modernización. Me parece que preservando el orden social tradicional durante la modernización, los japoneses y los europeos han sido capaces de restringir el nivel de conducta criminal violenta desatada por los traumas de la modernización. Por lo demás, el Estado benefactor en Europa y la extensión de la familia en Japón facilitan el que no se produzcan estos traumas y suavizan los antagonismos entre ricos y pobres, factores que podrían incidir en los altos niveles de violencia criminal.

Tanto Europa como Japón trabajaron para retener los valores de un fuerte sistema autoritario tradicional durante el proceso de modernización. Ni en Jamaica ni en EEUU se experimentó este patrón de modernización restringida, moderada por sistemas autoritarios tradicionales, valores tradicionales y relaciones sociales. La propensión a la violencia tiende a un incremento en EEUU y en Jamaica, donde el orden social decae y se desmorona (Jamaica) o donde es simplemente inexistente (EEUU).

Europa retuvo influencias significativas de sus sistemas autoritarios tradicionales durante la democratización. Pero, por el contrario, EEUU es una sociedad formada a partir del genocidio y de la inmigración, con un ambiente político y social totalmente diferente. Pienso que M.G. Smith captó algunos de estos síndromes de fragilidad social e inestabilidad en su concepto de «pluralismo» cuando lo aplicó a Jamaica. Smith demostró estar en lo cierto cuando al aplicar su modelo de pluralismo cultural, éste retrató una orden social sumamente frágil en Jamaica. Jamaica es, en este aspecto, como EEUU. Un orden social frágil y quebradizo carente de la fuerza estabilizadora de la tradición puede ser una víctima fácil de la violencia social y de la violencia criminal que se ven alcanzando niveles sumamente altos.

El componente político

Creo fundamentalmente por esas razones, que la violencia en nuestro con texto jamaicano comienza como manifestación política surgida del ghetto. Los componentes políticos de las protestas violentas en los años 60 se mantuvieron sumergidos hasta 1980. Lo que sobrevivió es lo que yo llamo la búsqueda, por la juventud del ghetto, de un «alternativa de poder». Veo continuidad entre las aspiraciones Rasta de los 50 y 60, el Poder Negro y sus aspiraciones en los 60 y las aspiraciones de poder de la juventud del ghetto actual, usando la violencia como recurso para acceder a una alternativa de poder.

Los líderes de los partidos, los burócratas, los tecnócratas y los hombres de negocio controlan el sistema. Hombres armados y grupos de civiles armados están creando una base de poder alternativo usando la violencia como principio de organización. Por esta razón, la violencia que tenemos en Jamaica se encuentra tan encajada en la clase política.

Hay una interesante conexión entre lo que son dos diferentes niveles de delitos que nos lleva de vuelta al asunto de la miseria. Existe una cantidad de rateros insignificantes que incluye carteristas, ladrones de arrebato, escaladores nocturnos y ladrones rurales que roban en las haciendas. Roban para sobrevivir. Esta delincuencia pequeña encuentra su explicación en el desempleo y en lo que nosotros podemos llamar opresión social. Podemos eliminar la mayoría de los delitos de menor cuantía proporcionando legítimas oportunidades a la población, a través del empleo y de la capacitación. Pero hay un nivel mucho más serio de criminalidad que usa la violencia como principio de organización en el área de las drogas, de los gangs de las calles, los cuales buscan la acumulación de riqueza y poder. Esta gente ha llegado a constituir un centro de poder más importante, en el sistema social, que el de simples «padrinos» o líderes de los gangs. Ciertas pandillas de la droga en EEUU son nada más que una consecuencia de esta organización del crimen en Jamaica, la cual usa la violencia como principio de organización en la acumulación de «poder alternativo».

El sistema oficial tiene tres alternativas para tratar la amenaza de la violencia. Puede intentar absorber a los pistoleros y a los capos de la droga a través de la estructura de poder del sistema, controlada por políticos y hombres de negocio. Absorbiéndolos puede pretender controlarlos. Puede tratar de exterminarlos usando la violencia oficial. Se ha intentado en el pasado y no se ha logrado. La tercera alternativa, por supuesto, incluye la zanahoria y el garrote. Involucra cambiar ciertas

condiciones externas de la economía y crear oportunidades (empleos, capacitación, capitales conjuntos para pequeñas empresas) para ese ejército de gente que sobrevive del pequeño delito y que son los reclutas del crimen organizado. Actuando de esa manera, se podría cortar la corriente que alimenta el crimen organizado con un constante flujo de nuevos miembros. Si se corta esa corriente, hay la posibilidad de limitar el reclutamiento que hace el crimen organizado y, así, extirparlo usando una fuerza superior, tomando en cuenta el debilitamiento de la organización por falta de efectivos. Pero el exterminio o la contención a través de la fuerza no puede tener éxito sin antes tratar con las bases del pequeño delito y desconectándolos del crimen organizado. Sin esto, se mantendrá un ilimitado ejército de gente dispuesta a ser movilizadora, usando la violencia como principio de organización.

Dimensiones del problema

Dada la continua crisis económica en Jamaica, de la cual no será fácil salir hasta que no se produzca un crecimiento económico sostenido y una recuperación en las economías occidentales, no existirán los caminos para eliminar los factores fundamentales, sociales y económicos, que contribuyen a esa alta propensión a la criminalidad. Efectivamente, el crimen ha llegado a ser una forma de vida entre muchas subculturas en la sociedad, lo cual significa que si bien la motivación inicial del delito se debilita en la medida en que la economía del país mejora (más puestos de trabajo, mejores ingresos, etc.), en un futuro no lejano, el poder de las armas para tener acceso a la propiedad o las oportunidades de robar a los ricos o a los que están produciendo o manejando ingresos, será suficiente para mantener altas tasas de criminalidad entre aquéllos que han llegado a aceptar el delito como una forma de vida.

Las soluciones a corto plazo no pueden, por esta razón, apuntar a la reducción de la alta propensión al crimen; es necesario buscar otros medios para conseguir ese objetivo. Las soluciones a largo plazo requieren de un mejoramiento de la economía para ampliar las oportunidades económicas de la juventud; pero el alto precio que está pagando la sociedad también demanda medidas urgentes, es decir, no se puede esperar por esas soluciones a largo plazo.

La alta tasa de criminalidad ha llegado demasiado lejos en sus efectos sobre la sociedad y sobre el manejo de la seguridad ciudadana. Para empezar, ha minado la confianza pública en la capacidad de la policía para frenar el crimen.

El autor llevó a cabo una encuesta nacional en septiembre de 1984, con el objeto de conocer el pensamiento de los ciudadanos acerca del trabajo de la policía en el control del delito y en la reducción de la violencia.

La mitad de los encuestados no tiene confianza en la capacidad de la policía para enfrentar tanto el delito como la violencia. 51% opinó que la policía no es eficiente en el control del crimen y 52% decían lo mismo con respecto a la eficiencia policial en el control de la violencia. Estos resultados contrastan con encuestas anteriores que revelaron entre un 75 y un 80% de confianza en la policía y su capacidad para manejar delincuencia y delincuentes (a principios de los 70). Los ciudadanos del área urbana tienden a manifestar un índice notablemente más bajo de confianza que los ciudadanos de otros municipios.

La militarización de la policía para contener la criminalidad terrorista ha tenido un efecto desafortunado llevando a algunos policías al uso de medidas de extrema violencia en su trato con ciudadanos comunes. El resultado es que no pocos inocentes han sido baleados y muertos por la policía en circunstancias muy dudosas. Como consecuencia, la población ha empezado a perder confianza en la policía y a tener la sensación de que ésta no respeta los derechos del ciudadano. Tras esta violencia policial, se ha dado una cierta tendencia, especialmente entre los policías más jóvenes, a hacer ostentación de su autoridad en el trato diario con personas comunes y corrientes, además de utilizar ese poder para poner orden en disputas privadas entre ellos y otros ciudadanos.

La encuesta de septiembre de 1984, inquirió la opinión de la población sobre el respeto que demuestra la policía frente a los derechos ciudadanos. El 66% de las personas entrevistadas opinó que la policía no respeta ese derecho y sólo 34% respondió que sí lo respeta.

La combinación de la disminución de la confianza en la capacidad de la policía para manejar la delincuencia, el crimen y la violencia, y el miedo creciente de la población ante los métodos utilizados por los cuerpos policiales, refuerza el debilitamiento del apoyo público a la fuerza policial.

Cuadro 2

¿Usa la policía un exceso de violencia en su trato con sospechosos? (1978)

	Demasiada violencia	Violencia necesaria	Poca violencia
Area urbana	32%	27%	41%
Otros municipios	35%	47%	18%

Los ciudadanos y la policía

En general, los ciudadanos no se oponen al uso de la fuerza en la captura de delinquentes. Este es un aspecto que cabe destacar. En una encuesta de marzo de 1978, el autor indagó al respecto entre una gran cantidad de personas y determinó que la mayoría de ellas piensan que la fuerza utilizada por la policía es nada más que la justa y necesaria e, incluso, piensan que se debería usar más fuerza aún en la lucha contra los criminales. Menor resultó la cantidad de personas opinando que la fuerza utilizada era excesiva. Se cuestionó, eso sí, la forma negligente, indiscriminada e inconsciente de la fuerza con que la policía trata a ciudadanos comunes, respetuosos de las leyes.

El Cuadro 2 expone los resultados de esa encuesta. Es de hacer notar que los ciudadanos del área urbana opinan, en mayor porcentaje, que la policía debería usar incluso más fuerza en la detención de sospechosos, en contraste con los ciudadanos de otros municipios, cuyas respuestas sostienen que la fuerza utilizada es la necesaria. La violencia utilizada en la preservación de la seguridad es aceptada, claramente, como una norma en la sociedad, como resultado del incremento de delitos con violencia. El grado de fuerza indiscriminada utilizada por la policía contra ciudadanos inocentes ha creado, sin embargo, un retroceso en la confianza pública frente a las fuerzas policiales.

La caída de esa confianza en la capacidad policiaca para contener la criminalidad, ha llevado a dos importantes consecuencias: los ciudadanos toman, cada día más, la justicia en sus propias manos para castigar a los sospechosos, porque perciben que éstos seguirán en la mayor impunidad a no ser por la acción de los grupos de vigilantes privados.

En segundo lugar, pocas personas se toman la molestia de reportar los delitos a la policía, especialmente cuando se trata de hurtos, de robos en las haciendas o de raterías, porque la experiencia les indica que existe una escasa o ninguna respuesta y que la investigación del delito, con éxito, es relativamente baja. Por esta misma causa, las estadísticas oficiales sobre la criminalidad, en estas áreas, están lejos de toda realidad y no podrían tomarse en cuenta para medir la actual incidencia de estos delitos. Otra encuesta nacional realizada por el autor en febrero de 1985 estableció que el 53% de los jamaquinos adultos aprueban esa vigilancia justiciera, que apalea o ejecuta a los sospechosos capturados por los ciudadanos, mientras un 40% no la aprueba.

Muchas razones y argumentos se han esgrimido para sostener la legitimidad de la acción violenta de la plebe y el linchamiento de criminales. Muchos piensan que es el mejor disuasivo contra el crimen. Otros insisten en la falta de capacidad de la policía para satisfacer una demanda tan importante. Otros afirman que los criminales son unos degenerados y que deben ser tratados como tales. Incluso hay quienes piensan que el sistema de justicia criminal se ve atrapado en cuestiones técnicas; además, son muchos los ciudadanos que temen por sus vidas y se rehúsan, en consecuencia, a denunciar ante los tribunales para entregar evidencias contra el delincuente.

La escasa confianza en el sistema de justicia y en la policía, ha llegado a ser, por todas estas razones, un elemento de socavamiento del sistema legal a través de la violencia de los vigilantes civiles y de los ciudadanos que hacen su propia justicia. Todo esto agudiza la necesidad de encontrar una vía para reducir la tasa de criminalidad.

Pese a que los indicadores más confiables de criminalidad, nutridos por denuncias habituales (robos a los comercios, homicidios, robos a las personas, asaltos), han experimentado una consistente tendencia al aumento, las denuncias por hurto, en cambio, no han variado en los últimos treinta años. La verdadera razón, aparentemente, es el hábito cada vez más extendido de no hacer las denuncias respectivas ante la policía. Las estadísticas oficiales confirman que el nivel de resolución de este tipo de delito es considerablemente más bajo que en cualquier otra área delictiva. La baja tasa de resolución en el caso de los hurtos reduce el interés ciudadano en reportar estos delitos a la policía.

Cuadro 3

Incidencias de hurto reportadas por cada 100.000 habitantes

1954	800
1959	722
1964	735
1969	750
1974	725
1979	884
1984	853

Una importante causa del incremento de la tasa de criminalidad la encontramos en la falta de capacidad de la policía, resultando que más y más crímenes reportados escapan a la investigación, al proceso y a la acción de los tribunales. El Cuadro 4 muestra la tendencia en la solución de diferentes tipos de delito a través de los años.

La tasa de asesinatos, asaltos y robos reportados resueltos por la policía ha caído considerablemente desde los años 50, poniendo de manifiesto el grado de pérdida de control policial frente al incremento de los niveles delictivos. En el caso de los asesinatos ha descendido en un 31%; un 26% para los asaltos con violencia, y un 31% en el caso de los robos, entre 1950 y 1980. El ítem de delitos sexuales reportados no muestra diferencias o cambios significativos durante el período.

Esta tendencia hacia una acción cada vez menos exitosa en la investigación de delitos reportados, tiene una seria consecuencia en el ámbito del control del crimen. En el sector de robos y de ataques personales, especialmente, la motivación para cometer este tipo de delitos aumenta en la medida en que disminuye el riesgo de ser aprehendido. El bajo nivel de resolución de estos delitos significa, además, un estímulo para cometerlos. Otro camino debe ser el aumento en la resolución de los delitos más graves.

Cuadro 4
Crímenes resueltos
(Porcentaje de los delitos reportados)

	Asesinatos	Asaltos	Delitos sexuales	Hurtos
1959	85%	82%	59%	55%
1964	90%	81%	48%	40%
1969	76%	81%	54%	35%
1974	66%	74%	51%	35%
1979	57%	71%	45%	32%
1984	59%	61%	53%	38%

Tanto el riesgo de la seguridad personal como el riesgo del daño a la propiedad se han multiplicado a través de los años. El Cuadro 5 muestra que los homicidios han crecido en un 391%; los ataques con violencia a las personas en un 183%, y los delitos sexuales en un 246%.

Las estimaciones de la policía acerca del valor de los bienes perdidos anualmente a causa del delito presenta un cuadro en el que las pérdidas estimadas han crecido de 4 millones de dólares (de Jamaica) a 27 millones, lo que representa un 575% de aumento en un período de ocho años. (ver Cuadro 6).

Soluciones a corto plazo

Las soluciones a corto plazo destinadas a reducir el crimen en Jamaica deben incluir estrategias que contengan los siguientes elementos:

1. Aumentar el riesgo de los delincuentes, mejorando el nivel de delitos resueltos (especialmente en el caso de robos a la propiedad y asaltos a las personas).

2. Aumentar la confianza pública y el apoyo a la policía.

3. Estimular el compromiso ciudadano en la lucha contra el crimen a través de canales legítimos, rechazando los métodos de los «vigilantes». Dado que en el corto plazo no es posible reducir la propensión al delito, una buena medida consiste en tratar de reducir la motivación a delinquir, aumentando el riesgo del delincuente a través de la captura. Actualmente, siete de diez ladrones - en robos a la propiedad - no son detenidos por la policía. Esto significa que se trata de una actividad prácticamente sin riesgos y resulta altamente estimulante para el comportamiento criminal.

Cuadro 5

Aumento de delitos reportados (1954-84)
(Por 100.000 habitantes)

	Homicidio	Asalto	Delitos sex.
1954	4.6	304	11.2
1959	6.1	371	13.7
1964	6.5	421	17.7
1969	11.2	507	23.2
1974	13.6	598	27.7
1979	17.9	719	29.8
1984	22.6	861	38.8

Cuadro 6

Pérdidas económicas por delitos reportados
(Estimaciones en dólares de Jamaica)

1976	4 millones
1978	10 millones
1980	11 millones
1982	26 millones
1984	27 millones
1986	50 millones

El gran problema es cómo alcanzar esa meta. Hasta ahora, los métodos utilizados para tratar de detener a los delincuentes han sido los siguientes:

1. Más policías.
2. Más armas y más vehículos para la policía.
3. Entrenamiento especial y una organización más eficiente de los cuerpos policiales.
4. Estimular el apoyo público a las fuerzas de orden, a través de las relaciones públicas.
5. Aumentar la capacidad de choque de la policía en su trabajo con criminales violentos (escuadrones de erradicación, etc.).
6. La utilización de policías auxiliares, como vigilantes privados, etc.

Los recursos existentes y la situación presupuestaria dejan muy poco margen para un incremento significativo del contingente policial y de los equipos que aparecen como necesarios. Mientras tanto, un aumento en los recursos materiales (especialmente vehículos) podría significar una ayuda.

Pero no es el dinero ni una mayor cantidad de recursos los que darán la solución al problema. Es una falacia creer como lo hacen algunos encargados de seguridad de la policía, que con recursos mayores y más adecuados se pueda reducir la tasa delictiva. En Inglaterra, por ejemplo, ha ocurrido precisamente lo contrario; se ha gastado más y más dinero mientras el nivel de criminalidad sigue aumentando. Incluso en EEUU, con sus enormes recursos, en lo que a niveles de criminalidad se refiere, éstos son comparables con los de Jamaica.

El elemento central se encuentra en el apoyo comunitario. Un incremento significativo de este apoyo a la policía, haría subir, por sí mismo, la cantidad de delitos resueltos como consecuencia de la mayor información con que la policía podría contar basada en ese apoyo. El mayor nivel de información incidiría en las investigaciones y haría crecer el riesgo de captura para los delincuentes.

Las investigaciones hechas sobre patrones de criminalidad en EEUU, confirman que un 10% de aumento en el apoyo de la comunidad a la policía refleja mejores logros en el control de la criminalidad que si se dispusiera de un 50% de aumento de los recursos policiales.